

LA GUERRA DE TROYA (C)

III. EL FIN DE TROYA



El décimo año de la guerra, desesperando los griegos de alcanzar la victoria por la vía de las armas, deciden usar la astucia. El sagaz Ulises concibe, entonces, un plan que pondría fin a la guerra y acabaría con Troya. Los griegos deberían construir un enorme caballo de madera, hueco en su interior, en el que debían ocultarse los mejores guerreros griegos. Si de algún modo lograban introducir el caballo dentro de la ciudad, sería fácil abrir el caballo y hacer que los guerreros ocultos se hicieran con el

control de la ciudad, abrieran las puertas y permitieran la entrada del resto del ejército griego. El problema era, por supuesto, conseguir que los troyanos introdujeran dentro de su ciudad el enorme caballo. Sin embargo, Ulises lo había previsto todo.

Los griegos retiraron su campamento y la flota de la vista de Troya y se retiraron a una isla cercana escondiéndose allí, de manera que los troyanos no pudieran verlos y creyeran que se habían dado por vencidos. Así lo hicieron, pero antes dejaron el caballo a las puertas de la ciudad. Los troyanos, alborozados por lo que creían una victoria sobre sus enemigos, contemplaban asombrados la inmensa mole del caballo. En ello estaban, cuando aparecieron unos pastores que habían encontrado a un griego que se ocultaba en las marismas y lo habían apresado.

Entre empujones e insultos los troyanos conducen al griego a presencia de Príamo quien se dispuso a interrogarlo. Le preguntó la razón por la que él no se había retirado junto con los demás griegos. El prisionero dice llamarse Sinón y explica que Ulises, informado por el adivino Calcante de que los dioses estaban irritados con los griegos y exigían para aplacar su cólera una víctima humana, había decidido sacrificarlo a él. Cuando ya estaba a punto de realizarse el sacrificio, había conseguido huir y refugiarse en el lugar en que los pastores lo habían hallado. Príamo encontró la explicación razonable y, a continuación, le preguntó por el



hallado. Príamo encontró la explicación razonable y, a continuación, le preguntó por el

significado del enorme caballo que los griegos habían dejado a las puertas de la ciudad. Sinón le responde que el caballo era una ofrenda a Atena con la que los griegos querían hacerse perdonar por las afrentas infligidas a la diosa durante el asedio de Troya. Explica que, si lo habían hecho tan grande, era para que los troyanos se vieran obligados a destruir parte de las murallas de la ciudad si querían meterlo dentro, pues los dioses habían profetizado que rindiendo culto a este caballo Troya obtendría el dominio de toda Grecia. Con estas palabras suscitó Sinón la codicia de los troyanos y logró engañarlos, pues Sinón era en realidad un agente griego a quien Ulises había aleccionado para que, contándoles tales embustes, los troyanos se confiaran e hicieran entrar el caballo en la ciudad.



Ya estaban los felices habitantes de Troya, ajenos al mal que en el animal se ocultaba, dispuestos a introducir el caballo dentro de los muros, cuando Laocoonte, sacerdote de Apolo, que junto con sus dos hijos había bajado de la ciudad, advirtió con graves palabras a sus compatriotas del temor que le producía el caballo y de la astucia de los griegos y de que de estos no podía proceder nada bueno. En ese momento surgen del mar dos enormes serpientes que devoraron al sacerdote y a sus dos pequeños hijos. Los troyanos contemplaron la escena atónitos y creyeron que la muerte de Laocoonte había sido decidida por los dioses como castigo a su desconfianza. Así que, sin hacer caso a tales presagios, decidieron alegres abrir una brecha en

la muralla, introducir el caballo en la ciudad y disponerse a celebrar la victoria con una gran fiesta. Y así lo hicieron.

De noche, cuando los troyanos dormían medio borrachos y agotados por la celebración, Sinón abrió el caballo de cuyo interior salieron los soldados ocultos. Matan a los pocos troyanos que custodiaban el caballo y avisan al resto de los griegos para que entraran y conquistaran la ciudad.

Los griegos, en efecto, arrasaron Troya y mataron a casi todos sus hombres. Sólo el anciano Príamo y su esposa Hécula



resistían el ataque griego refugiados en el palacio real. Al ver que los griegos entraban en palacio, Príamo, reclamando sus armas, quiso defenderlo con su vida; pero su mujer, comprendiendo que cualquier resistencia sería inútil se lo impidió, y le aconsejó que ambos se refugiaran en lo más oculto del palacio y acogidos al altar de los dioses suplicaran a estos su protección. Mas todo

fue inútil: el joven Neoptólemo, hijo de Aquiles, arranca a Príamo del altar y lo degüella ante la mirada aterrada de Hécuba.

Este fue el fin de Troya: la ciudad, consumida por las llamas; el rey y cuantos guerreros la defendían, muertos; la reina, las mujeres y los niños, capturados como esclavos. Solo un troyano logró sobrevivir, pues así lo habían decretado los dioses: Eneas, el hijo de Afrodita y del mortal Anquises. Los griegos supervivientes, por su parte, regresaron a su patria.

